



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2023, Nando López

Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-411-2

Depósito legal: M-21186-2023

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Las durmientes

Nando López

loqueleg



*A quienes no se resignan  
a vivir al ritmo de los sueños ajenos.*



*Viento, tiempo, noche  
llevan a sombras  
mi verdad.  
Lo oscuro  
es réplica terrible  
de lo incierto.*

Ida Vitale

«Cuando es de noche», *Cada uno en su noche*





## **Primera parte**



Tras un primer plano del rostro, la cámara se desliza morosa a lo largo del cuerpo desnudo de la joven.

13

En los dos minutos y treinta y seis segundos que dura el vídeo, el objetivo apenas varía su proximidad y se sitúa siempre a una distancia similar, sin que nada ni nadie interfiera en la grabación.

Tampoco hay contacto físico entre el autor de las imágenes y su víctima, que permanece inconsciente, ajena a los planos que protagonizan sus labios, sus piernas, su cintura o sus pechos.

El cuerpo llena una pantalla muda, con un fondo neutro, sin sonidos que acompañen las imágenes en las que la cámara se recrea con movimientos que parecen simular la actividad sexual perpetrada por una silueta invisible sobre la chica que está siendo grabada.

Gael tiene que apartar la mirada en más de una ocasión antes de que finalice el vídeo. Su breve metraje es más que suficiente para repugnarlo con la sordidez de su contenido y, si no lo detiene, es solo porque Ricardo, el redactor jefe de su periódico, se encuentra junto a él.

—Esto es una violación.

—Técnicamente, no —lo corrige Ricardo.

—¿Técnicamente?

Gael inspira hondo, se recuerda a sí mismo lo mucho que necesita ese trabajo y busca el modo de responder sin alterarse, a pesar de que preferiría no verse obligado a argumentar lo evidente.

—Que no haya violencia física no implica que no sea una agresión. A esa chica la han grabado desnuda sin su consentimiento.

14

—No digo que no sea un delito. —Ricardo carraspea con la incomodidad que le provoca ese becario que siempre tiene algo que apostillar—. Digo que, en sentido estricto, no es una violación.

—Lo mismo si se lo preguntamos a esa chica —«relaja el tono, Gael, no subas la voz, Gael, que te juegas el puesto, Gael»—, ella sí siente que la han violado. «En sentido estricto».

Ricardo recibe su réplica sin acusarla en exceso y, en vez de prolongar la discusión, golpea con los nudillos en la minúscula mesa de su becario.

—Pues eso es lo que quiero que hagas: que se lo preguntes.

Gael supo que acabaría subido a ese tren en el mismo momento en que recibieron el teletipo de la denuncia. Pese a que no tiene muy claro si su jefe confía en él y en su trabajo, intuyó que el hecho de compartir origen con la víctima de la grabación sería motivo suficiente para enviarlo de vuelta al mismo pueblo del que se había apresurado a huir en cuanto cumplió los dieciocho.

15

y por qué no le has dicho que no?

Por un segundo siente la tentación de responder al mensaje de Belén con un audio tan largo que la lleve a arrepentirse de su pregunta, pero le da demasiada pereza explicarse. Además, aún debe decidir qué ropa de toda la que acaba de tirar sobre su cama quiere meter en la maleta.

y por qué no te has ofrecido tú?

Sabe que lo que de verdad le molesta a su compañera —de trabajo y de piso— es que no la hayan enviado a ella a la única tarea mínimamente interesante que ha surgido en los meses que ambos llevan de becarios. Y eso que a Belén le cae de vez en cuando alguna labor algo menos rutinaria gracias a sus habilidades para las cuestiones informáticas. Pero ni siquiera esa fama de *hacker* aficionada que se ha ganado en la redacción le ha permitido recibir encargos tan jugosos como el que le acaba de corresponder a Gael.

Él es consciente y, a su modo, hasta agradece que un dato tan vulgar como su lugar de nacimiento le haya concedido esa oportunidad, así que se esfuerza por convencerse a sí mismo de que, a pesar de la ansiedad que le provoca regresar a un sitio que detesta, siempre será mejor entrevistar a la chica del vídeo antes que seguir en la redacción digitalizando archivos y documentando procesos.

Esa es la teoría, claro.

Salvo que la teoría no suele guardar relación con la práctica.

te lo han dado a ti por lo de siempre

???

por el puto heteropatriarcado

En este caso, por raro que le parezca, Gael no está de acuerdo con que ese sea el motivo por el que lo han

elegido, pero, como sí lo está en que ese es el motivo de casi todo lo demás, tampoco insiste en llevarle la contraria. De hecho, hace doble clic en su mensaje para marcarlo con el icono del pulgar hacia arriba y así le deja claro que está tan harto de ese heteropatriarcado —al que Gael hubiera preferido que Belén añadiese el prefijo *cis*— como lo está ella.

chica

relaja un poco, no?

que lo mismo me lo han dado a mí porque conozco el pueblo, cari

eso también puede ser

pero me jode igual

lo entiendo

a mí me pasaría lo mismo

capullo

XD

nos tomamos algo en casa

mañana cojo el tren prontísimo

una rápida

si Saray y tú no  
tardáis mucho...

no tardamos

ok

18

De Belén le ha costado acostumbrarse a su ambición, pero agradece su sinceridad.

No soporta a la gente hipócrita, ni a quienes fingen una humildad que no es más que puro postureo. Prefiere la verdad cruda de su compañera, que jamás se calla lo que piensa, aunque a veces no sea cómodo escucharla.

Ella se despide con un *sticker* de un pikachu que dispara corazones al aire y Gael busca otro cualquiera —el de un tipo lanzándose de cabeza contra una puerta— para cerrar una conversación en la que, al menos, han llegado a la conclusión de que no es culpa suya que lo envíen a él a algo que querría estar haciendo ella.

Una vez aclarado ese detalle, vuelve los ojos a la ropa en busca de aquellas prendas que le garanticen el menor número de opiniones de su familia sobre su físico.

¿Haces algo de deporte, hijo?

¿No te estarás pasando con los hidratos?

¿Te estás cuidando, Gael?

El nutricionista radical que vive dentro de sus padres no suele tardar más de quince minutos en analizar los kilos que haya podido perder o ganar cada vez que lo tienen



delante, ya sea en formato presencial —como ocurrirá en cuanto llegue— o en videollamada.

Durante un tiempo trató de que entendieran por qué esas preguntas no eran, precisamente, el mejor modo de animarlo a quedarse más tiempo en casa, pero, cansado de hacer pedagogía sobre los efectos del *body shaming*, ha acabado construyendo una cascada de respuestas-tipo con las que evita que su cuerpo, que jamás ha encajado en los cánones normativos, se convierta en el eje de su conversación durante más tiempo del inevitable.

19

Hace mucho que sabe que el mejor modo de acortar esa tortura es apostar por prendas oscuras y anchas, el único vestuario capaz de desviar los dos temas que más les gusta comentar a sus padres: su peso y su pluma.

El primero, por tu salud, hijo, que eres muy joven y deberías cuidarte más.

El segundo, por tu seguridad, Gael, que las cosas han cambiado, sí, pero siguen siendo como son y luego pasa lo que pasa.

Justo antes de marcharse del pueblo para estudiar Periodismo, decidió que no volvería a explicarles que cuidarse también era quererse y que él, a pesar de esos mensajes de mierda que llevaba años recibiendo dentro y fuera de casa, se esforzaba por hacer las dos cosas. Ni tampoco les insistiría en que no era él quien debía normativizarse para no temer, sino que eran los demás los que tenían que salir de su caverna para no herir.

Desde que se fue de casa —primero a una residencia de estudiantes y desde hace un año al piso que comparte

con Belén y Saray, otra de sus compañeras de facultad— ha restringido al mínimo las ocasiones en que debe enfrentarse a la mirada censora de una familia que lo preferiría más parecido a su hermano Rubén, al que el fútbol y el gimnasio han musculado lo bastante como para que sea obvio lo mucho que «se cuida».

20 Mientras duda de cuál será la mejor estrategia de supervivencia durante el tiempo que va a pasar de nuevo en casa, Gael llena su maleta con un buen puñado de prendas en tonos ocres y grises, con las que no se siente él mismo, pero que en su pueblo le garantizan la invisibilidad, renunciando a la ropa colorista y ceñida que combina mucho mejor con sus uñas —verdes los días en que se siente bien, azules cuando el ánimo amenaza con decaer—, con su cabello color ceniza y con el maquillaje que le ayuda a resaltar sus ojos negros.

Le gustaría saber que el Gael que bajará del tren es el mismo que ha conseguido reafirmarse mientras ha estado fuera, pero teme que el embrujo en el que cae cada vez que se acerca al entorno familiar resucite al Gael anterior, el Gael adolescente que incorporó palabras como *discreción* o *normalidad* a un léxico que nunca le sirvió para ser quien en verdad es.

—¿Cuánto vas a quedarte allí?

—¿Una semana?

Saray esboza una sonrisa cómplice.

—¿En serio no lo sabes?

—Nuestro jefe solo me ha dicho que quiere esa entrevista... —responde buscando a Belén con la mirada.

—Vuestro jefe es un puto buitre.

—Ya lo hemos hablado, tía —interviene Belén—. Es nuestro curro.

—No. —Cuando está segura de llevar razón, Saray parece mucho menos menuda de lo que en realidad es—. Tu curro es informar, no obligar a esa chica a revivir un trauma.

—A lo mejor le viene bien contarle... —argumenta Gael sin ninguna convicción.

—Claro. Contarle su mierda a un extraño para que la publique seguro que la ayuda mogollón.

—No la voy a obligar.

—¿Aunque te lo pida tu jefe?

Gael se encoge de hombros.

Le gustaría que la respuesta fuera un no, que no va a ceder pase lo que pase, pero cumplir con este encargo le resulta demasiado tentador. No solo porque así puede que se gane la confianza de Ricardo y hasta mejore algo su situación en el periódico, sino porque, cuanto antes lo gre su objetivo, antes podrá también escapar del pueblo por segunda vez y regresar a la que, desde hace un año, sí es su casa. Ese piso compartido en un barrio tan distinto de las calles a las que está a punto de volver.

—Confío en ti —lo presiona Saray, que conoce bien sus puntos débiles.

—Pues no deberías.

Ella vuelve a sonreírle mientras él lucha por cerrar la maleta.

—Espera —se ofrece Belén.

Mientras él sigue empujando, ellas dos se sientan encima y entre los tres, muertos de risa, consiguen que el cierre automático haga su trabajo.

—Nos vas contando, ¿vale?

—Claro. Y que quede claro que vuelvo pronto, así que nada de buscarme sustituto para el piso, que os conozco.

22 A la mañana siguiente, mientras arrastra la maleta por la escalera —gajes de vivir en un cuarto sin ascensor—, piensa que va a echar de menos la risa con que lo despedían anoche. Porque puede que su relación con Saray y Belén no sea tan íntima como lo fue la que lo unía a Ingrid, a Tirso y a..., aún le cuesta decir su nombre, pero cada vez está más cerca de llegar a serlo. Quizá la amistad también tenga que ver con los días que se suman y las risas que se comparten.

Chloe vive en el tercer piso de uno de los edificios de cuatro plantas próximos a la Biblioteca Municipal, justo frente a un bar que aprovecha la explanada y hasta parte del parque que lo rodea para convertirla en una gigantesca terraza.

23

Gael conoce bien el entorno. Se ha pasado media vida sentado en los bancos de ese parque, en compañía de las mismas personas a las que aún no ha avisado de su llegada.

Podía haber pasado antes por casa, pero prefería venir directamente aquí, al lugar que lo ha traído de vuelta y desde el que se fija en el grupo de periodistas que espera en el portal. No son demasiados, pero sí lo bastante llamativos como para destacar en un pueblo en el que, por su experiencia, apenas pasa nada.

La noticia es reciente, y el vídeo, jugoso, así que a Gael no le sorprende la atención mediática que le han prestado al caso, cuyas imágenes, previamente pixeladas, se han exhibido ya en la mayoría de canales, medios y plataformas. En ninguna de ellas aparece nítido el rostro de Chloe, pero su cuerpo ha quedado inmortalizado en esa

memoria digital que, por mucho que se esfuerce, ya no resulta posible borrar.

no jodas que no has avisado

Tirso!

acabo de llegar

y?

24

os iba a escribir ahora

ya

nos vemos esta noche?

a las 9 en casa de Ingrid?

ok

Duda si debe incluir un perdona, o un *sorry*, o incluso un lo siento, pero prefiere no hacerlo.

En primer lugar, porque no lo siente.

Estos últimos años, desde que se marchó de allí, apenas se han escrito. Y tanto Tirso como Ingrid podían haberlo hecho, así que no tiene por qué darles explicaciones. Tampoco se han esforzado por verse en navidades, ni en verano, en las escasas ocasiones en que no ha encontrado excusas para quedarse en Madrid y ha vuelto para visitar a su familia.

Además, para qué avisarlos de una llegada de la que se iban a enterar tan pronto como él pusiera allí un pie, entre las mismas miradas que, da igual el tiempo que pase, lo siguen observando y controlando todo.

tenemos ganas de que nos cuentes

Responde al último mensaje de Tirso con un emoji de estrellitas que, en realidad, no significa nada o, a su modo, tal vez lo signifique todo. Qué más da. Ha sido llegar y, sin ni siquiera haber ocupado su antiguo dormitorio, vuelven las mismas dudas y los mismos silencios. Los que aceleraron sus ganas de marcharse y acabaron empujándolo al tren que lo sacaría de allí.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Los gritos del otro lado de la calle lo obligan a levantar la vista del móvil.

—¡¡Que qué cojones estáis haciendo!!

Un chico corpulento que no debe de tener más de dieciséis o diecisiete años empuja a uno de los reporteros que aguarda en la acera.

—¡Pero qué haces, imbécil! ¡Que me vas a joder la cámara!

Los demás periodistas se interponen entre ambos y evitan que la situación se vuelva aún más violenta. El joven se zafa de los que tratan de retenerlo y los apunta con su móvil mientras abre el portal:

—A esto se dedican estos mierdas —los acusa sin dejar de grabarlos—. Así todo el puto día.

Se interna en el edificio y cierra de un portazo mientras Gael busca su nombre en el dossier que le facilitó Ricardo. Si tiene relación con el caso, debe estar allí. En alguna página.

Uno ochenta y algo, moreno, con el pelo muy corto, ojos rasgados y muy delgado. Está claro que tiene que ser Iago, el chico que, según su documentación, lleva saliendo con Chloe desde el año pasado.

26

Gael anota su nombre en el cuaderno que usa para sus reportajes, pide la cuenta y se dispone a ir, por fin, a casa de sus padres. Después de lo que ha presenciado no tendría sentido intentar entrevistar a Chloe como si fuera un periodista más.

Si quiere hablar con ella, necesitará tiempo y, sobre todo, valerse del extraño privilegio de su origen.